

TOTALITARISMO: ORIGEN Y EVOLUCIÓN DE UN CONCEPTO CLAVE

JUAN FRANCISCO FUENTES (*)

Universidad Complutense de Madrid

UNA «FEROCE VOLONTÀ TOTALITARIA».—LA DOBLE CARA DEL TOTALITARISMO.—AUGE Y
DECLIVE DEL CONCEPTO.—EPÍLOGO: ¿RESURGIR O DECADENCIA?.

RESUMEN

El artículo presenta un recorrido por el concepto de totalitarismo desde sus orígenes en los años veinte hasta nuestros días. Su evolución se puede dividir en varias etapas históricamente significativas: 1. La aparición del término en la Italia fascista y su difusión al resto del mundo a lo largo de los años treinta; 2. Una crisis pasajera del concepto a raíz de la alianza occidental con la URSS durante la II Guerra Mundial; 3. Su gran eclosión durante la Guerra Fría, sobre todo en sus primeros años (1945-1953), verdadera «edad dorada» del concepto; 4. Una pérdida paulatina de protagonismo tras la muerte de Stalin y el comienzo del deshielo Este/Oeste; 5. Un declive irreversible durante la distensión. Se plantean asimismo los cambios que ha experimentado su significado, la existencia de debates nacionales sobre el concepto (en Francia y España, por ejemplo) y el solapamiento de su significado por otros tér-

(*) Este trabajo forma parte del proyecto de investigación *The Language of Democracy in the United States and Western Europe. A Comparative History of the Political Concepts in the 20th Century*, en el que trabajé durante mi estancia en la Universidad de Harvard, en 2006, como *visiting scholar* del Center for European Studies (CES) y *fellow* del Real Colegio Complutense en Harvard University (RCC). Agradezco al CES su hospitalidad durante mi estancia y, especialmente, al RCC y a su director, prof. Ángel Sáenz-Badillos, la concesión de la beca que me permitió financiar mi estancia.

minos que surgen como alternativa a finales del siglo XX, principalmente, fundamentalismo.

Palabras clave: dictadura, fascismo, comunismo, guerra fría, fundamentalismo, antisemitismo, religión política.

ABSTRACT

This article takes a look at the concept of totalitarianism from its origins in the twenties to the present day. Its history can meaningfully be divided into various stages: 1. The appearance of the term in fascist Italy and its spread to the rest of the world during the thirties; 2. A temporary crisis due to the alliance between the West and the USSR during the Second World War; 3. Its widespread use during the Cold War, especially in the first few years (1945-1953), when it enjoyed its «golden age» as a concept; 4. Gradual decline in its importance following the death of Stalin as East-West relations thawed; 5. Irreversible decline during détente. The author examines national debates concerning totalitarianism (eg, in France and Spain), observing the changes in its meaning and overlaps with other terms that arose as alternatives towards the end of the 20th century, above all, the concept of fundamentalism.

Key words: Dictatorship, fascism, communism, cold war, fundamentalism, anti-semitism, political religion.

«Je pense que l'espèce d'oppression dont les peuples démocratiques sont menacés ne ressemblera à rien de ce qui l'a précédée dans le monde; nos contemporains ne sauraient en trouver l'image dans leurs souvenirs. Je cherche en vain moi-même une expression qui reproduise exactement l'idée que je m'en forme et la renferme; les anciens mots de despotisme et de tyrannie ne conviennent point. La chose est nouvelle; il faut donc tâcher de la définir, puisque je ne peux la nommer».

ALEXIS DE TOCQUEVILLE

UNA «FEROCE VOLONTÀ TOTALITARIA»

En un siglo tan pobre en la creación de *ismos* políticos relevantes y tan dependiente del vocabulario heredado del XIX, la voz *totalitarismo* destaca como una de las principales aportaciones léxicas del siglo XX a la representa-

ción terminológica del mundo contemporáneo. El hecho implica una doble paradoja: la primera, que un período tan innovador en todo se haya mostrado tan poco creativo en el campo de los conceptos políticos (1); la segunda, que «el siglo de la democracia» haya sido también el inventor del totalitarismo, como una forma superior de tiranía, nunca antes conocida, sino, a lo sumo, presentida por Tocqueville en la cita que abre este trabajo. Concluido ya el siglo XX y en un momento propicio, por tanto, para hacer balance de su significado, Tzvetan Todorov afirmaba que la aparición de un «unprecedented political system called *totalitarianism*» había constituido sin duda «the central event of the century» (2). Un fenómeno que, según el escritor búlgaro, se habría inaugurado en 1917 con la aparición en Rusia del «primer Estado totalitario», nacido con la inestimable aportación de Lenin, si no como padre, por lo menos como partera de aquel engendro histórico (3).

Los orígenes y la tipología del totalitarismo son tema permanente de controversia desde que en los años treinta el concepto fue tomado por primera vez como tema de estudio en el campo de la filosofía y de la ciencia política (4). Este debate ha dejado un largo rastro de definiciones del concepto

(1) Los resultados de mi proyecto de investigación en Harvard me llevan a matizar mi hipótesis inicial sobre la incapacidad del siglo XX para crear nuevos conceptos sociales y políticos y sobre su carácter radicalmente subsidiario respecto al universo conceptual heredado de la Ilustración y el liberalismo. Hasta tal punto esa hipótesis merece una revisión en profundidad, que, a tenor de un inventario realizado por mí y por J. Fernández Sebastián de términos sociales y políticos de alguna relevancia acuñados en aquel período, la primera mitad del siglo puede considerarse, por su importancia, un pequeño *Sattelzeit* conceptual, en el sentido que R. Koselleck le da a esta expresión para describir la revolución conceptual operada por la Ilustración en el siglo XVIII. Por el contrario, la segunda mitad del siglo XX aparece como un verdadero páramo en el terreno del lenguaje político y social (sobre estas cuestiones versó el trabajo que, en colaboración con J. Fernández Sebastián, presenté en el seminario de *visiting scholars* del Center for European Studies, Harvard University, con el título *The Language of Democracy in the 20th Century: A Crisis of Language or a Crisis of System?* (sesión del 24-V-2006). De todas formas, todo lo dicho no es óbice para que, en conjunto, el siglo XX se haya mostrado muy poco creativo en la acuñación de *ismos* perdurables y representativos, entre ellos, y tal vez como el más destacado, el concepto de *totalitarismo* al que se dedican estas páginas.

(2) T. TODOROV: *Hope and Memory: Lessons from the Twentieth Century*, Princeton University Press, Princeton, 2003 (1.ª ed. en francés en 2000), pág. 2.

(3) T. TODOROV: *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*, Península, Barcelona, 2002, pág. 78. La idea de que los bolcheviques fundaron el primer Estado totalitario antes incluso de que el término existiera figura ya en un artículo de R. HILFERDING titulado «Capitalisme d'État ou économie d'État totalitaire?», escrito en 1940 y reproducido por ENZO TRAVERSO en su libro *Le totalitarisme. Le XXe siècle en débat*, Éds. du Seuil, París, 2001, págs. 374-383.

(4) Como iniciativa pionera en el mundo académico puede considerarse la celebración

cuya utilidad para la aproximación que se pretende ofrecer en estas páginas es en algunos casos muy limitada. Hay, por ejemplo, una tipología «retrospectiva» del fenómeno que convierte a ciertos regímenes de la Antigüedad en paradigmas de un totalitarismo *avant la lettre*, como la antigua Esparta o la dictadura establecida en Roma en tiempos del emperador Diocleciano (5). Karl Popper, en su obra *La sociedad abierta y sus enemigos*, atribuye a Platón, en su aspiración a un «Estado perfecto», la paternidad intelectual del totalitarismo. Sin llegar tan lejos, autores clásicos en la materia, como Hannah Arendt y J. L. Talmon, sitúan sus raíces, respectivamente, en el antisemitismo moderno, con el *affaire Dreyfus* como episodio estelar, y en la Francia ilustrada y revolucionaria del siglo XVIII, en una línea de pensamiento que iría de Helvétius, D'Holbach y Rousseau a Sieyès, Saint-Just y Robespierre (6), mientras que Isaiah Berlin vio un claro antecesor del totalitarismo en Joseph de Maistre, cuyo pesimismo antiilustrado emparenta, no obstante, con el «profundo cinismo político» de Voltaire (7). El segundo problema del enfoque adoptado por muchos de los autores que se han ocupado del concepto, en particular de aquellos que lo hicieron en el fragor de la guerra fría, es la tendencia a construir definiciones *ad hoc* a partir de las cuales poder justificar una tipología preconcebida del totalitarismo, que permita incluir determinados casos —la Unión Soviética, por ejemplo— y dejar fuera otros. La perspectiva que se adopta en este artículo parte, por ello mismo, de un indicador que parece más fiable. En vez de tomar el totalitarismo como categoría política susceptible de ser definida a voluntad y aplicada a partir de criterios historiográficos *ex post*, se tratará de seguir el recorrido histórico del

en 1939 del «Symposium on the Totalitarian State», organizado por la American Philosophical Society. Entre las contribuciones al simposium, véase la de Hans Kohn que reproduce E. TRAVERSO en trad. al francés («La philosophie totalitaire de la guerre», Traverso, *op. cit.*, págs. 337-352).

(5) Se encontrará una glosa de esta teoría defendida por FRANZ NEUMANN en la voz «Totalitarismo» del *Dizionario di Politica*, dirigido por N. BOBBIO y N. MATTEUCCI, Unione Tipografico-editrice Torinese, Turín, 1976, págs. 1040-1051 (véase, p.e., pág. 1042). La referencia a la Grecia antigua aparece también en el libro de W. EBENSTEIN: *Totalitarianism. New Perspectives*, 1962.

(6) H. ARENDT: *The Origins of Totalitarianism*, Meridian Books, The World Publishing Company, Cleveland and New York, 1961 (1.ª ed. 1951); J. L. TALMON: *The Origins of Totalitarian Democracy*, Frederick A. Praeger, Publishers, New York, 1952.

(7) Véase E. TRAVERSO: *op. cit.*, que incluye una versión francesa del texto de I. Berlin sobre J. de Maistre y los orígenes del totalitarismo (1960) (hay también trad. al español en *El fuste torcido de la humanidad. Capítulos de historia de las ideas*, Barcelona, Península, 1992, págs. 103-166).

propio término desde su aparición en los años veinte, primero como adjetivo y muy pronto como un nuevo *ismo* político.

La invención del adjetivo *totalitario* se produjo en Italia al comienzo de la etapa fascista, y en concreto en el campo de la oposición al régimen nacido en octubre de 1922 tras la Marcha sobre Roma y el nombramiento de Mussolini como primer ministro. Aunque con este acontecimiento se inició una transición a la dictadura que tardó algún tiempo en consumarse, unos meses después de la llegada de Mussolini al poder la naturaleza del nuevo régimen era ya suficientemente reconocible como para que el político liberal Giovanni Amendola, en un artículo de prensa publicado el 12 de mayo de 1923, calificara al fascismo de «sistema totalitario». Tal es, sin duda, la fecha de nacimiento del nuevo término. En noviembre de ese mismo año, el propio Amendola se refería en otro artículo al «espíritu totalitario» que el fascismo había insuflado a unas nuevas estructuras de poder hechas a su imagen y semejanza. El adjetivo hizo fortuna en las filas de la oposición, todavía semitolerada, al gobierno presidido por Mussolini. Mantenía asimismo el sentido despectivo que le había dado Amendola, y así fue utilizado por diversos líderes políticos italianos en los años siguientes, entre ellos el católico, exiliado en Londres, Luigi Sturza en su obra *Italia y el fascismo*, publicada en 1926 en francés, inglés y alemán. Poco antes, en un artículo aparecido el 2 de enero de 1925, el socialista Lelio Basso convertía el adjetivo en un nuevo *ismo* de la vida política contemporánea. Había nacido *totalitarismo*, pero durante algún tiempo el adjetivo bastó para designar la nueva realidad política que estaba emergiendo en Italia en un momento ya muy avanzado de la transición entre el viejo régimen parlamentario y el nuevo Estado fascista. En enero de 1925, de nuevo Amendola recurrió al adjetivo acuñado por él en un discurso en el que denunció la «voluntad totalitaria» del fascismo. Pero el año 1925 registró sobre todo un avatar decisivo en el recorrido histórico del término nacido dos años antes: el 22 de junio de aquel año, en un discurso ante el IV Congreso del Partido Nacional Fascista, Mussolini reivindicó abiertamente «la nostra feroce volontà totalitaria» (8), unos meses antes de formular una célebre autodefinition del fascismo —«todo dentro del Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado»— que puede tomarse también como quintaesencia del totalitarismo. Se había consumado así un fenómeno poco frecuente en la historia de los conceptos políticos, cual es que un término creado con una intención derogatoria cambie de bando y se convierta en

(8) Sobre la controversia que existe en torno al origen de esta expresión, cfr. el libro de JEAN-PIERRE FAYE: *Los lenguajes totalitarios. La razón crítica de la economía narrativa*, Taurus, Madrid, 1974, págs. 55-58.

elemento de autorrepresentación y reafirmación de aquel movimiento contra el que fue utilizado en origen (9).

LA DOBLE CARA DEL TOTALITARISMO

Su consagración como término fundamental de la nueva situación política italiana se produjo, como se ve, con gran rapidez. Muy pronto fue investido además de un rango oficial, casi académico, como pieza clave del discurso teórico del fascismo. Así se puede calificar el carácter que adquiere en la voz «Fascismo» de la *Enciclopedia italiana*, fechada en 1932 y redactada por Giovanni Gentile, filósofo de cámara del Duce, en colaboración con el propio Mussolini: mientras el liberalismo, dicen los autores, «pone al Estado al servicio del individuo, el fascismo reafirma el Estado como la verdadera realidad del individuo»; de ahí que «para el fascista todo esté en el Estado y que nada humano o espiritual (...) exista fuera del Estado. En este sentido, el fascismo es totalitario y el Estado fascista (...) desarrolla y potencia la vida del pueblo en su integridad» (10). Aunque el concepto llevaba un largo trecho recorrido en Italia desde su aparición en 1923, la difusión internacional de la serie léxica derivada de *totalitario* tuvo que esperar hasta que, ya en los años treinta, la Gran Depresión, la nueva vuelta de tuerca a la crisis del parlamentarismo y la subida del nazismo al poder, con todo lo que supuso de *efecto demostración* en una Europa a la deriva, crearon un clima histórico altamente receptivo a la difusión del concepto. En particular, la relación causa-efecto entre la instauración del III Reich y la internacionalización y popularización del término parece fuera de toda duda si observamos la evolución de la voz inglesa *totalitarianism* en las páginas del *New York Times* y del *Washington Post*. Aunque en el primero de ellos hay dos casos anteriores a 1933 en que el adjetivo *totalitarian* figura en informaciones sobre la Italia fascista (un artículo de 1928 y otro de 1931), la primera vez que *totalitarianism* aparece en el *New York Times* fue el 23 de junio de 1933, en una cróni-

(9) Sobre la génesis y el uso de *totalitario* y *totalitarismo* en la Italia fascista, cfr. el artículo de JENS PETERSEN: «La nascita del concetto di “stato totalitario” in Italia», *Annali dell'Istituto italo-germanico in Trento*, 1, 1975, págs. 143-168. Véanse también las páginas que dedican a esta cuestión SIMONETTA FALASCA-ZAMPONI: *Fascist Spectacle. The Aesthetics of Power in Mussolini's Italy*, University of California Press, Berkeley-Los Ángeles-London, 1997, sobre todo págs. 26-27; ENZO TRAVERSO: *op. cit.*, págs. 19-21, y ALBERTO INDELICATO: «Comunismo e nazionalsocialismo: l'anima totalitaria», *Nuova Storia Contemporanea*, 5, 2000.

(10) Tomo la cita del francés, según aparece en el libro de E. TRAVERO: *op. cit.*, pág. 21.

ca fechada en Stuttgart que informa sobre recientes medidas adoptadas por las autoridades nazis. Ésa será durante meses su única aparición en el periódico. Pero a partir del año siguiente y, sobre todo, de 1937 la escalada será imparable: 5 apariciones en 1934, 17 en 1935, 16 en 1936, 46 en 1937, 121 en 1938, 224 en 1939 y 353 en 1940 (11). La evolución en el *Washington Post* es muy parecida: de los dos primeros casos en 1934 a 135 en 1940 (12).

Hay otros datos de interés sobre la generalización del término en la década de los treinta. La revista norteamericana *Time* utiliza por primera vez *totalitarianism* en 1934 —lo mismo que el *Washington Post*—, es decir, un año después de su primera aparición en el periódico neoyorquino. La diversidad de personajes de la vida pública norteamericana que en aquellos años hacen suya la expresión —de forma muy destacada, el pastor protestante Reinhold Niebuhr— permite hablar de un cierto consenso terminológico propiciado por el concepto, utilizado como antítesis del Estado liberal en una amplia franja político-ideológica que va desde el campo conservador y cristiano hasta los círculos intelectuales y políticos del New Deal o la revista antiestalinista de izquierdas *Partisan Review* (13). Sin llegar a ese extremo, en la Europa de los años treinta *totalitarismo* se muestra también como un término relativamente versátil, que forma parte del lenguaje tanto de algunos intelectuales alemanes del exilio como de autores de diversa procedencia unidos en su precoz e implacable crítica al terror estalinista, como el ruso-belga Victor Serge —que definió el Estado soviético como «totalitario, castocrático, absoluto»—, el socialista italiano Gaetano Salvemini o el austríaco Manès Sperber. La doble faz bolchevique y fascista del totalitarismo —un tema recurrente durante la guerra fría— aparece descrita en las obras de autores católicos de la Europa del momento, como «El Estado totalitario» (1935) del italiano Luigi Sturzo (14) —texto recogido en *Moral y política* (1938)— o el libro *Humanisme intégral* (1936) del francés Jacques Maritain (15). Aquella década registró también alguna modesta aportación desde

(11) Información obtenida del archivo *on line* de *The New York Times*: <http://pqasb.pqarchives.com/nytimes/advancedsearch.html>. Estas cifras hacen referencia a la aparición del término en artículos del periódico, no necesariamente en el título.

(12) Información obtenida del archivo *on line* de *The Washington Post*: http://pqasb.pqarchives.com/washingtonpost_historical/results.html. Igual que en el caso del *New York Times*, estos datos remiten al contenido de los artículos.

(13) Cit. por A. RABINBACH: «Moments of Totalitarianism», *History and Theory*, núm. 45, febr. 2006, págs. 72-100 (las referencias en págs. 89 y 91).

(14) El propio Sturzo había anticipado ya en su libro *Italia y el fascismo* (1926) la convergencia del fascismo y el comunismo en el Estado totalitario.

(15) Se reproducen pasajes de estas obras en E. TRAVERSO: *op. cit.*, págs. 216-243.

el campo marxista a una teoría específica sobre el totalitarismo, circunscrito naturalmente al ámbito capitalista y en particular fascista, por ejemplo, la que esboza Antonio Gramsci en pasajes aislados de su *Cuaderno desde la cárcel*. Es significativo, en este sentido, que en la primera versión, fechada en 1930, de un fragmento de esta obra se afirme que «la centralización de toda la vida nacional en las manos de la clase dominante» resulta «frenética y absorbente» y que en la reelaboración, cuatro años después, de este pasaje los dos últimos adjetivos sean sustituidos por «totalitaria» (16).

Todo indica, pues, que el detonante en la incorporación del concepto al vocabulario político internacional fue la llegada de Hitler al poder en 1933, y que a partir de esta circunstancia el incremento exponencial de su uso irá asociado al auge de las dictaduras en Europa y al clima belicista que el nazismo introdujo en la vida del Viejo Continente. Esta circunstancia obliga a explorar las vías de contagio existentes entre el vocabulario político del fascismo italiano y el del nazismo alemán. Es sabido que los dirigentes nazis intentaron en general evitar el uso de un término marcado por su origen extranjero, aunque fuera italiano, y que, por tanto, ponía en entredicho la originalidad del nazismo como ideología nacional del pueblo alemán. En realidad, tal como puso de manifiesto hace años Victor Klemperer, «la lengua del Tercer Reich» no era en absoluto inmune a los extranjerismos, especialmente a los americanismos (17). Pero, por diversas razones, el régimen nacionalsocialista, que ha sido, junto con el estalinismo, el régimen totalitario por excelencia, hizo un uso muy limitado del término, al que mantuvo en general a una prudente distancia del núcleo duro de su lenguaje político (18). Este fenómeno llamó particularmente la atención de Jean-Pierre Faye, que le dedicó un pormenorizado pasaje de su monumental libro *Los lenguajes totalitarios*. Que el término *totalitario* no figure, salvo de forma muy marginal, en el vocabulario nacionalsocialista no significa que no hubiera una teoría del nuevo Estado en clave totalitaria. Su creador fue Carl Schmitt, quien entre 1929 y 1931 hizo del concepto de «*totale Staat*» el eje de una teoría política

(16) *Ibid.*, págs. 275-278.

(17) VICTOR KLEMPERER: *LTI. La lengua del Tercer Reich*, Ed. Minúscula, Barcelona, 2002, por ejemplo, pág. 32.

(18) FRANZ NEUMANN, en su libro *Behemoth* (1942), recoge algunas citas textuales de dirigentes nacionalsocialistas en que figura el término *totalitario*. Según este autor, los dirigentes nazis utilizaron la expresión sólo al principio del III Reich, para abandonarla repentinamente a los pocos meses de su llegada al poder (véase el pasaje de esta obra reproducido por E. TRAVERSO: *op. cit.*, págs. 402-406). No hay que descartar, sin embargo, que donde en la obra de Neumann, escrita en inglés, se lee *totalitarian State*, en las citas originales, por ejemplo de Goebbels, se diga en realidad *totale Staat*.

alternativa al constitucionalismo liberal. Dos años después, con Hitler ya instalado en la Cancillería del Reich, Schmitt expondrá en un largo discurso ante el Congreso Alemán de Juristas una versión más elaborada de su teoría «constitucional», que cobra en ese momento una especial actualidad, pues, en su opinión, Alemania se encontraba entonces en pleno «viraje hacia el Estado total», un proceso que permitiría superar el «Estado neutro del siglo XIX liberal» y alcanzar «el Estado total de la identidad entre el Estado y la sociedad» (19).

No es el lugar de adentrarse en los procelosos razonamientos del jurista alemán para justificar el triunfo del Estado total y la nueva era que ello representa, pero Jean-Pierre Faye señala, con razón, la importancia del inesperado trayecto conceptual que llevó a Carl Schmitt a formular su teoría. Su fuente de inspiración no fue la doctrina fascista del Estado totalitario, sino un doble hilo argumental que, desde el final de la Gran Guerra, venía desarrollándose en torno a los conceptos de *guerra total* y *movilización total*, dos experiencias históricas estrechamente relacionadas con la nueva guerra del siglo XX inaugurada en 1914. En el extremo más remoto de una literatura sobre la guerra fundada en su nuevo carácter totalizador se encontraría —así creía recordarlo años después el propio Schmitt— el libro *La guerre totale*, publicado en 1918 por el escritor francés Léon Daudet, quien, efectivamente, parece haber acuñado esta expresión (20). La otra fórmula, emparentada con la anterior, que tuvo presente Carl Schmitt fue la *movilización total*, que figuraba como título de una obra reciente (*Die Totale Mobilmachung*, 1930) de Ernst Jünger (21). En ella, el joven escritor alemán afirmaba que «en el fascismo, en el bolchevismo, en el americanismo, en el sionismo, en los movimientos de los pueblos de color se dispone el progreso a efectuar avances que hasta hace poco se hubieran tenido por impensables», una forma de progreso que en breve tiempo habría de someter a los pueblos a formas de dominación similares a las de «un régimen absolutista». Los cañones de largo alcance y las escuadrillas de aviones de combate serían la «mera expresión bélica» de la «destructora marcha triunfal» que parecía anunciarse en el mundo moderno (22).

Da la impresión, pues, de que la experiencia de la Gran Guerra se fue sedimentando a lo largo de los años veinte y treinta en un lenguaje en el que se

(19) JEAN-PIERRE FAYE: *op. cit.*, págs. 49 y 51.

(20) *Ibid.*, pág. 52.

(21) *Ibid.*

(22) Cito por la introducción de NICOLÁS SÁNCHEZ DURÁ a la edición de *El mundo transformado*, de E. JÜNGER, Pre-Textos, Valencia, 2005, pág. 47.

podía vislumbrar el advenimiento de una *guerra total* planteada a una escala todavía mayor que en 1914. Guerra industrial, guerra de masas y guerra mundial conforman un concepto globalizador de la nueva era que hace difícil distinguir entre el frente y la retaguardia, los combatientes y los no combatientes, la guerra y la paz o la política y la guerra, en una época en que la violencia parece presidirlo todo. En cierta forma, el totalitarismo sería el sistema político que corresponde a esa violencia permanente que hace de la política, más que nunca, la continuación de la guerra por otros medios. La proximidad conceptual entre *guerra total* y *política totalitaria* es tal, que este último adjetivo llegará en algunos casos a sustituir al primero, de forma que el término matriz (*total*) se acabará confundiendo con su derivado (*totalitario*), como ocurre en un artículo publicado en 1935 por la revista española *Blanco y Negro* con el título «Ser o no ser. La guerra totalitaria» (23), esta última entendida como un conflicto bélico de nuevo cuño en el que, mediante el uso de modernos medios de destrucción altamente tecnificados, se persigue la derrota total del enemigo. El artículo de *Blanco y Negro* podría recoger ya la idea expuesta aquel mismo año por el general alemán Erick Ludendorff en su libro *Die Totale Krieg*, aunque Ludendorff insiste menos en los factores técnicos que en la importancia del Estado como gran organizador de la sociedad y de la economía con vistas a una guerra total, pensando sobre todo en las posibilidades de éxito de Alemania en tales circunstancias. El libro de Ludendorff contribuyó a abrir un gran debate internacional, que probablemente se refleje en el artículo de *Blanco y Negro*, sobre la naturaleza de una hipotética segunda guerra mundial como *guerra totalitaria*, pero la adopción de esta expresión en sustitución de la fórmula utilizada por el general alemán —*totale Krieg*— se produjo al parecer a raíz de la publicación aquel mismo año de la traducción inglesa de la obra bajo el título *The Nation in Arms* (24). Así pues, frente a la evolución que en el mundo germánico llevó de la *totale Krieg* al *totale Staat* de Carl Schmitt, en otros países occidentales se produjo una transición léxica del Estado totalitario acuñado por el fascismo italiano a la *guerra totalitaria* que todo el mundo presagia a mediados de los años treinta y que habría de ser, por un fatalismo histórico que po-

(23) *Blanco y Negro*, 25 de agosto de 1935.

(24) Véase el trabajo de HEW STRACHAN: «Can War be Controlled and Contained?», The Web Site of General Westmoreland Meeting «Preparing for Peace' Initiative» (<http://www.preparingforpeace.org/strachan.htm>, 8 de septiembre de 2006). Para ver los términos del debate sobre la *guerra totalitaria* en vísperas de la II Guerra Mundial, cfr. la reseña de B. J. WIDICK en *New International*, «World War by Stages», núm. 9, 1938, págs. 285-286. Ya en plena guerra mundial apareció el libro de CARLO SFORZA: *Totalitarian War and After*, University of Chicago, Chicago, 1941.

cos parecen lamentar, la resultante lógica de la sociedad de masas y de una economía industrial que, de alguna forma, estaba llamada a ser una economía de guerra.

Tiene su lógica que los movimientos políticos surgidos en Europa en el período de entreguerras en torno al culto a la violencia preconizado por el fascismo —aunque no sólo por él— hicieran del totalitarismo una especie de *Weltanschauung* del mundo moderno. Hubo incluso un eco algo tardío de todo ello en Japón justo antes de la guerra del Pacífico, por ejemplo, en la denominada Asociación para la Asistencia al Trono (Tai sei Yokusankai), fundada en 1940 por Miki Kiyoshi. Otros destacados ideólogos de este movimiento, como Ryû Shintarô y Rôyama Masamichi, mostraron una abierta simpatía por las propuestas totalitarias que llegaban de Occidente, pero con diferencias que impiden considerar sin más a estos personajes como introductores del totalitarismo en Japón. En 1939, Ryû se inspiró claramente en las «managed economies» vigentes en Italia, Alemania y Rusia en su proyecto de reorganización de la economía japonesa. Rôyama, por su parte, asumió aspectos fundamentales del modelo fascista, aunque rechazó el «totalitarismo fascista». Ahora bien, la posibilidad de que los totalitarismos europeos tuvieran una influencia efectiva en el país plantea un doble problema. En primer lugar, aquellos a quienes podría considerarse sus principales divulgadores suelen enfatizar la originalidad del sistema imperial japonés, frente a los modelos occidentales en principio más afines, como el fascismo. Es decir, que hubo un especial empeño de los ideólogos de un totalitarismo a la japonesa en borrar la huella de una influencia foránea de tipo fascista o totalitario en un sistema que tenía a gala —en realidad, como todos los totalitarismos— su originalidad nacional. El segundo problema radica en la polisemia de la voz japonesa *zentaishugi*, que vendría a ser el equivalente de totalitarismo (25), pero que podría traducirse también por colectivismo. Es difícil, pues, seguir el rastro del concepto a través del término japonés que lo identifica. Uno de los autores que con mayor conocimiento de causa trató la cuestión, Nekane Kandô, publicó en 1939 una obra titulada *Zentaishugi to zen* (Totalitarismo y Zen), en la que subrayaba la unidad entre el emperador y el pueblo como un rasgo específico de la tradición política japonesa. Figura clave en este debate fue asimismo Fujisawa Chikao, autor en 1940 del libro *Zentaishugi to kodo*, que podría traducirse como *El totalitarismo y la vía imperial*. Este mismo personaje, buen conocedor de la España de Franco,

(25) Así, por ejemplo, al reseñarse en el *Social Science Japan Journal* el libro de FUJITA SHOZO *Zentaishugi no jidai keiken* el título fue traducido como *Experiencing the Period of Totalitarianism* (vol. 1., April 1998).

fue posiblemente el autor de un artículo que llegó a ser traducido parcialmente al español con el título «La idea totalitarista racial. La semejanza de las formas fundamentales del Japón y de España. El principio político del general Franco». La tesis aventurada por Fujisawa sobre la influencia de las ideas confucianas en Hitler, que habría llegado a ellas a través de Voltaire y de Federico el Grande (26), es un caso extremo de lo que antes se apuntaba: la obsesión, muy común entre los totalitarismos, por enfatizar la originalidad propia y el mimetismo ajeno.

Algo de eso hay también en la España de los años treinta, por lo menos en aquel sector de la extrema derecha que impugnaba la validez del concepto. No es el caso, desde luego, de aquellos que imitaban notoriamente el fascismo italiano, como Ramiro Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera, que tardaron muy poco en incorporar el término *totalitario* a su definición del nuevo Estado. «Venimos a luchar», afirmó José Antonio en octubre de 1933, en el acto fundacional de Falange Española, «por que un Estado totalitario alcance con sus bienes lo mismo a los poderosos que a los humildes». Poco después, Ramiro Ledesma hacía del «Estado totalitario nacional» la «meta de nuestra revolución», una revolución *sui generis*, que habría de servir para regresar a las raíces mismas de la tradición nacional, que el propio Ledesma calificaba de «totalitaria» (27). Fusionadas las dos organizaciones en FE de las JONS, los «puntos programáticos» suscritos por sus fundadores en noviembre de 1934 contienen una referencia explícita al carácter totalitario del futuro Estado: «Nuestro Estado», leemos en el punto 6, «será un instrumento totalitario al servicio de la integridad de la patria». En una entrevista concedida a *Blanco y Negro*, Primo de Rivera abogaba abiertamente por «un Estado totalitario que logre la paz interna y el optimismo nacional» (28), y unos meses después, en octubre de 1935, José María Gil Robles, haciéndose eco de este tipo de pronunciamientos, se lamentaba en un mitin de que empezara a ser «frecuente oír hablar de Estado totalitario a espíritus superficiales que siguen patrones extranjeros» (29). Las diferencias entre Primo de Rivera y Gil Robles en este punto ya se habían puesto de ma-

(26) La referencia a esta obra en el excelente libro de FLORENTINO RODAO: *Franco y el imperio japonés. Imágenes y propaganda en tiempos de guerra*, Plaza & Janés, Barcelona, 2002, pág. 136.

(27) *JONS*, núm. de mayo de 1934.

(28) *Blanco y Negro*, 11 de noviembre de 1934; entrevista reproducida en JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA: *Obras Completas*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1976, I, pág. 484.

(29) Reproducido en J. M. GIL ROBLES: *Discursos parlamentarios*, Ed. Taurus, Madrid, 1971, pág. 479.

nifiesto en algún debate parlamentario. Y es que, como el católico italiano Luigi Sturzo, cuya obra era muy conocida en España (30), Gil Robles rechazaba un concepto que llevaba implícita una ilegítima sacralización del Estado —el «Estado panteísta» del que hablaba Sturzo—, convertido en poder supremo e incontestable en todos los ámbitos de la vida.

Si la actitud de Gil Robles resulta congruente con la línea de pensamiento, abiertamente contraria al moderno Leviatán —así lo llamó Sturzo—, que predomina en la Europa católica, es dudoso, en cambio, que la posición defendida por el socialista español Luis Araquistáin, director de una revista significativamente titulada *Leviatán*, pueda considerarse representativa del sentir de la izquierda europea. «Mucho se habla en estos tiempos», leemos en el primer número de su revista, «de Estados totalitarios, pero un Estado totalitario dentro del capitalismo es una contradicción en los términos. (...) Estado totalitario quiere decir cesión a él por parte del individuo de todos los derechos naturales», y un Estado respetuoso con el derecho de propiedad «no es el Leviatán profundo de Hobbes. Ni el nuestro» (31). La franqueza de Araquistáin al reivindicar un Leviatán marxista, único Estado totalitario que él considera genuino, debe tomarse como una rareza en el panorama de las izquierdas europeas del momento. El término totalitario estaba ya demasiado contaminado por el uso que el fascismo venía haciendo de él como para que la izquierda obrera lo incorporara a su propio discurso, especialmente tras la puesta en marcha por la III Internacional de la política de frentes populares, que vino acompañada de una retórica vagamente democrática e interclasista, opuesta, en apariencia, a cualquier veleidad totalitaria. La estrategia impulsada por el Komintern desde 1935 no tardó en surtir efecto en medios socialistas o simplemente liberales del mundo occidental, sugestionados con la idea de que, entre las ideologías en presencia, no había otra línea divisoria que la que separaba al fascismo de sus enemigos y de que, por tanto, el único totalitarismo realmente existente era el que el propio fascismo decía profesar.

Sin embargo, la firma del Pacto Germano-Soviético en agosto de 1939 y la neutralidad de la URSS en la primera etapa de la guerra dieron nueva carta de naturaleza a la existencia de un totalitarismo de doble faz, fascista y comunista, constituido a partir del estallido de la II Guerra Mundial en una

(30) Su obra *Italia y el fascismo* había sido publicada en España en 1930 y su artículo «El Estado totalitario» fue traducido y publicado con este mismo título por la revista *Cruz y Raya* en 1935, meses antes de que aparecieran las versiones inglesa y francesa (E. TRAVERSO: *op. cit.*, pág. 216).

(31) *Leviatán. Revista de Hechos e Ideas*, núm. 1, mayo de 1935.

gran alianza frente a las democracias. Tal es la coyuntura que refleja uno de los libros clásicos en la materia: *The Totalitarian Enemy*, publicado en Londres en 1940, aunque fechado el 1 de diciembre de 1939, por Franz Borke-nau, antiguo dirigente del Partido Comunista austríaco, cuyas filas abandonó en 1929. Su tesis es que nazismo y comunismo, o «bolchevismo pardo» y «fascismo rojo», como los llama él, son expresiones intercambiables de la «revolución totalitaria» que vive el mundo, un fenómeno emparentado con la «revolución nihilista» de la que hablara poco antes su admirado Hermann Rauschnig (32). Un perfil parecido tiene otro intelectual alemán, Franz Neumann —también marxista, aunque socialdemócrata, y próximo asimismo a la Escuela de Francfort—, cuyo libro *Behemoth* contiene una minuciosa disección de la estructura totalitaria del régimen nacionasocialista. Que el libro apareciera en Inglaterra en 1942 no carece de significación y explica el hecho de que su tipología del totalitarismo se reduzca prácticamente al caso alemán, omitiendo el habitual paralelismo con la URSS, que tras la invasión alemana en junio de 1941 se había integrado, aunque fuera a su pesar, en el bando aliado. Pero hasta esta fecha, que marca sin duda un antes y un después —pasajero— en el debate sobre el totalitarismo, la mayoría de los autores que se ocupan del fenómeno destacarán la similitud entre el comunismo y el nazismo. Los hay que plantean el paralelismo desde una izquierda antiestalinista o directamente trotskista que reniega de la degeneración sufrida por la URSS a manos de Stalin. Entre ellos figura el propio jefe de filas de esta corriente, León Trotsky, autor en 1939 de un artículo titulado «La URSS en la guerra» (33). De nuevo aparecen las semejanzas entre el fascismo y el estalinismo, pues un «régimen totalitario», sea de una u otra naturaleza, tiene que ser a la fuerza, en su opinión, una solución transitoria a una crisis histórica aguda. Por esta parte de su razonamiento, que enlaza con su caracterización apocalíptica de la «segunda guerra imperialista», recién iniciada, el artículo de Trotsky apunta hacia un argumento que, con desarrollos muy diversos, asoma a menudo en el debate sobre el concepto: el totalitarismo como manifestación morbosa de una crisis de civilización.

La conexión entre el totalitarismo y la crisis social del mundo contemporáneo es una de las grandes líneas argumentales del libro clásico de James Burnham *The Managerial Revolution* (1941), que incluye un capítulo sobre el tema «Totalitarianism and Managerial Society» (34). Profesor de filosofía

(32) Sobre el componente nihilista del totalitarismo, véase también el texto de ISAIAH BERLIN cit. *supra*, n. 7.

(33) E. Traverso reproduce un extracto de este texto en su obra; *op. cit.*, págs. 315-323.

(34) J. BURNHAM: *The Managerial Revolution*, 1941, págs. 152-171.

en la Universidad de Nueva York, hombre de formación marxista que evolucionó del trotskismo al anticomunismo —como tantos otros—, Burnham empieza el capítulo sobre el totalitarismo dejando bien claro que Rusia, Alemania e Italia, pese a sus aparentes diferencias, están regidas por «*totalitarian dictatorships*», afirmación que, una vez más, hay que situar en la estela del Pacto Germano-Soviético, ya en su fase final. Aparece también la idea de una crisis histórica profunda —«a period of social crisis and major transition»— que estaba actuando como caldo de cultivo de la nueva «*managerial society*». Italia, Alemania y sobre todo la URSS serían los principales exponentes de esta nueva sociedad gobernada desde un Estado todopoderoso por una «*ruling class*» que no era propiamente ni una clase empresarial ni una clase política a la manera liberal, sino unas elites tecnocráticas que asumían por su cuenta la gestión y planificación de todos los ámbitos de la vida colectiva. Pero a diferencia de la visión apocalíptica que ofrecen otros autores, Burnham concibe el totalitarismo como un estadio previo, ciertamente traumático y convulso, en la consecución de un nuevo tipo de democracia, libre de las viejas formas parlamentarias, que nacerá probablemente de las ruinas provocadas por la guerra mundial, «*the first great war of managerial society*» (35).

La entrada en guerra de la URSS dio lugar a una especie de «tregua conceptual», que duró hasta el final de la contienda, en la inclusión del régimen soviético en la categoría de los regímenes totalitarios. Puede que no sólo se utilizara con un criterio más restringido, sino que hasta 1945 el concepto cayera en un relativo desuso ante la dificultad de manejarlo haciendo abstracción de su reciente experiencia histórica. Así se desprende de la evolución del uso del término por parte del *New York Times* en el transcurso de la II Guerra Mundial: de 347 casos en 1941 pasó a 133 en 1942, 88 en 1943, 85 en 1944 y 145 en 1945. Este último año refleja ya el tránsito de la alianza contra el enemigo común a la nueva confrontación Este/Oeste en el escenario de la guerra fría. Como cabía esperar, esta tendencia irá en aumento en los años siguientes, a medida que el conflicto entre los dos bloques vaya acaparando la atención del periódico: 205 apariciones del término en 1946, 347 (el número más alto de la historia) en 1947, 261 en 1948, 230 en 1949 y 245 en 1950, año del comienzo de la Guerra de Corea (36). No hace falta insistir

(35) *Ibid.*, pág. 176.

(36) El término sigue la misma evolución en las páginas del *Washington Post*: 135 casos en 1940, 22 en 1944 y 111 en 1947. Estos tres años muestran con gran nitidez el impacto que las diferentes coyunturas históricas tienen en el uso del término, a saber: Pacto germano-soviético (aumento), alianza contra el nazismo (descenso) y guerra fría (aumento).

en que, tras ese estado de latencia en que permaneció entre 1942 y 1945, la voz *totalitarismo* resurge con una fuerza inusitada en la inmediata posguerra como una pieza insustituible del discurso occidental frente al bloque soviético.

AUGE Y DECLIVE DEL CONCEPTO

La guerra fría marcará, efectivamente, el apogeo del concepto, que servirá durante largos años para descalificar al enemigo comunista, subrayando su naturaleza antidemocrática y su identidad sustancial con los totalitarismos de derechas derrotados en 1945. Si durante años el concepto funcionó como una de las coartadas ideológicas del mundo occidental frente al comunismo, en el caso de la República Federal Alemana el antitotalitarismo, ha escrito recientemente Anson Rabinbach, se convirtió en la ideología oficial del régimen, de la misma forma que el antifascismo lo fue de la RDA (37). Los años que corresponden a la llamada primera guerra fría (1945-1962) registran un gran avance en la elaboración (o reelaboración) de una teoría sobre el totalitarismo desde el núcleo duro del pensamiento occidental, empezando por una obra de la importancia de *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945), de Karl Popper. Como alegoría literaria del totalitarismo se puede considerar la novela *1984* de George Orwell (1949), que ya en junio de 1941 había dedicado al concepto un artículo titulado «Literature and Totalitarianism». Ya se ve que la izquierda antiestalinista, próxima en muchos casos al trotskismo, no cejó —y mucho menos a partir de 1945— en denunciar los rasgos totalitarios del comunismo soviético. Tal será el principal argumento de las obras consagradas al tema en este período, en las que de forma recurrente aparece una férrea línea divisoria, verdadero telón de acero de las ideologías, entre la democracia occidental y el totalitarismo soviético. Algunos autores llegarán más lejos y asociarán el totalitarismo a cualquier forma de intervencionismo estatal e incluso al socialismo democrático (38). Obra pionera en esta línea de pensamiento será *Camino de servidumbre* (1943), de Friedrich von Hayek, que plantea un radical antagonismo histórico entre intervencionismo e individualismo y entre totalitarismo y libertad. Más aún: como habían sugerido ya otros autores, Hayek ve en el totalitarismo una desviación hasta cier-

(37) A. RABINBACH: *op. cit.*, pág. 94.

(38) «Socialism», había llegado a decir Churchill en la campaña electoral de 1945, «is inseparably interwoven with totalitarianism and the object worship of the State» (cit. por A. ROBINBACH: *op. cit.*, pág. 93).

to punto inevitable de la democracia. El artículo de Benedetto Croce «La città del Dio ateo» (1949) sigue la estela de Orwell en su denuncia del comunismo soviético para dar una dimensión cósmica al peligro que entraña el totalitarismo, concebido no ya en términos de crisis de civilización, sino como una amenaza a la supervivencia misma de la especie (39). Fue habitual también la inclusión del totalitarismo en el campo de las «religiones políticas» o de las «religiones seculares». En la misma línea se puede situar la propuesta, formulada por Eric Voegelin en 1952, de considerarlo la etapa final en la búsqueda de una «teología civil» (40).

Pero la obra clásica por excelencia en el estudio del fenómeno es el libro de Hannah Arendt *Los orígenes del totalitarismo*, cuya aparición en 1951 marca sin duda un antes y un después en esta historia y el comienzo de un proceso, típico de los años cincuenta, de «canonización académica» del concepto (41). Bien es cierto que, pese a su apariencia homogénea y a su fácil inserción en un momento crucial de la guerra fría, el libro de Arendt recopila textos relativamente heterogéneos escritos a lo largo de los años cuarenta y que en su planteamiento inicial como libro, esbozado en 1946, el término clave en el título definitivo brillaba por su ausencia. Esta circunstancia refuerza la idea de que la escalada de tensión de los primeros años de la guerra fría llevó a un recalentamiento sin precedentes del concepto. Ayuda a entender además la estructura general de un ensayo concebido inicialmente como una aproximación histórica al «imperialismo racial» (42), un tema que habría de dejar su impronta en esta génesis del totalitarismo presentada en tres grandes bloques: «Antisemitismo», «Imperialismo» y, por último, «Totalitarismo», el más extenso de los tres (43).

Aunque *Los orígenes del totalitarismo* mereciera de sus detractores el calificativo de «Biblia de la guerra fría», tanto el concepto de totalitarismo como, especialmente, el uso del mismo contra el comunismo soviético desempeñan un papel secundario en la obra, aunque ese papel adquiriera un mayor protagonismo a partir de la segunda edición, aparecida en 1958. Bien es

(39) Se encontrará una versión francesa del texto en el libro de E. TRAVERSO: *op. cit.*, 431-436.

(40) *Ibid.*, págs. 68-69.

(41) A. RABINBACH: *op. cit.*, pág. 93.

(42) TRAVERSO: *op. cit.*, pág. 503.

(43) Cito por la edición de 1961 (*The Origins of Totalitarianism*, Meridian Books, The World Publishing Company, Cleveland & New York), que presenta algunas variantes respecto a la primera, por ejemplo, un capítulo fundamental titulado «Ideology and terror» y un epílogo que contiene unas reflexiones sobre las consecuencias de la muerte de Stalin y sobre los acontecimientos de 1956 en Hungría.

cierto que la estructura del libro compensa con creces la sensación de que el fenómeno totalitario es una especie de avatar postrero del problema del racismo y del imperialismo. La obra se organiza, efectivamente, como una genealogía del totalitarismo que, partiendo del antisemitismo y del nacionalismo europeos del siglo XIX, y tras la desaparición de los fascismos en 1945 desemboca en el comunismo soviético —o más exactamente en el estalinismo— como fase superior del fenómeno, caracterizado por una mezcla explosiva de terror y propaganda, con un fuerte componente de liderazgo personal. Hay también un intento de tipología del totalitarismo, prácticamente reducida al nazismo y al estalinismo, que deja fuera otras dictaduras europeas como el fascismo italiano y el franquismo, así como un análisis de los nuevos mecanismos ideológicos y psicológicos de dominación que introduce en la moderna sociedad de masas, principalmente aquellos que le permiten moldear la mentalidad del individuo de tal forma que pueda desempeñar, con la misma docilidad, los papeles de víctima y verdugo (44). Otra obra clásica de aquella época, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy* (1956), de C. J. Friedrich y Z. K. Brzezinski, incidirá igualmente en la propaganda y el terror como elementos definitorios del «síndrome totalitario», pero subrayando la importancia del aparato institucional que caracteriza a tales regímenes —policía secreta, partido único...— y la fuerza devastadora que confiere al totalitarismo una ideología redentorista dirigida a la consecución del «hombre nuevo». El concepto se abre así a otras experiencias históricas del siglo XX, como el fascismo italiano o los diversos regímenes comunistas instaurados tras la II Guerra Mundial, desde la República Popular China hasta las «democracias populares» de Europa del Este.

El libro *The Origins of Totalitarian Democracy* (1952), de Jacob L. Talmon, puede considerarse representativo de uno de los principales discursos teóricos contruidos en torno al concepto: aquel que hace del totalitarismo una degeneración natural de una doctrina igualitaria y democrática cuyos orígenes Talmon sitúa en la segunda mitad del siglo XVIII y en concreto en el pensamiento de Helvétius, D'Holbach y Rousseau. De ahí arrancarían toda una corriente ideológica articulada a partir del principio de «voluntad general», origen a su vez de una idea de libertad que en la práctica habría de traducirse en la total ausencia de ella. No estamos muy lejos, como se ve, de «los dos conceptos de libertad» teorizados por I. Berlin pocos años después. Talmon pone el ejemplo de aquellos movimientos y regímenes políticos que han hecho de la aspiración exacerbada a la igualdad y la democracia su principal factor de legitimación, desde el gobierno jacobino de Robespierre has-

(44) *Ibid.*, pág. 468.

ta el comunismo soviético pasando por la conjuración de los iguales de Babeuf (45). Profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, Talmon es un nuevo ejemplo del protagonismo de los intelectuales judíos en el debate sobre el totalitarismo. Uno de ellos será Raymond Aron, traductor precisamente de esta obra al francés y autor de un breve ensayo titulado *Democracia y totalitarismo*, tema del que se había ocupado ya brevemente en un artículo de juventud («États démocratiques. États totalitaires», 1939) en el que definió aquel *ismo*, todavía reciente, de la vida contemporánea como una forma de «maquiavelismo moderno». Aunque publicado en 1965, su opúsculo fue en origen un curso impartido en la Sorbona en 1957-1958. Una vez más, la fecha del texto —la fecha real— tiene su importancia, porque la versión original de este ensayo se inserta todavía en la etapa previa a la distensión, aunque en un momento ya de expectación ante los cambios que la desestalinización pudiera provocar en las relaciones Este/Oeste.

Da la impresión de que a partir de 1962 y del nuevo clima internacional propiciado por la distensión el término perdió una parte del protagonismo y de la virulencia que venía teniendo desde 1945. El espíritu de la coexistencia pacífica casaba mal con todo aquello que evocaba un concepto utilizado durante años como arma arrojadiza contra el mundo comunista. Así parece indicarlo de nuevo la evolución de su uso en los dos principales periódicos norteamericanos: el *New York Times* pasó de utilizarlo en 245 ocasiones en 1950 a 86 en 1960 —ya en plena era postestalinista— y de esta cifra a menos de la mitad (38) en 1964, al comienzo de la distensión; en el *Washington Post*, la utilización del término bajó de 82 casos en 1950 a 35 en 1960 y a 21 en 1964. Pero no sólo se redujo su presencia en los medios de comunicación, a los que el nuevo clima internacional empujó hacia un lenguaje menos beligerante y tremendista. Los soviólogos tuvieron que renunciar por lo menos temporalmente al concepto (46) y politólogos e historiadores occidentales de uno y otro lado del espectro ideológico sometieron su significado a una profunda revisión. La voz *totalitarismo*, afirma uno de sus principales estudiosos, vino a ser en los años sesenta algo así como una reliquia de la guerra fría (47). Como categoría analítica —suponiendo que lo fuera alguna vez— entró en un «ignominious decline», en palabras de Rabinbach (48), propicia-

(45) El prefacio de la primera edición de su obra, fechado en 1951, anuncia otros dos volúmenes, que yo sepa nunca publicados, que habrían de completar el recorrido de esta primera entrega hasta llegar a las democracias populares del Este de Europa y los «contemporary events in the Far East», en referencia más que probable al reciente triunfo comunista en China.

(46) A. RABINBACH: *op. cit.*, pág. 95.

(47) E. TRAVERSO: *op. cit.*, pág. 71.

(48) *Op. cit.*, pág. 72.

do por un contexto histórico hostil, por la ofensiva que contra el concepto lanzó la *intelligentsia* de izquierdas y por un cierto repliegue táctico de los intelectuales más afines a la causa occidental.

Con pocas excepciones, la izquierda vio en él un falso concepto político creado o reinventado por el mundo occidental —y en particular por los soviólogos norteamericanos— en su lucha contra el bloque soviético. Alguien tan poco sospechoso de complicidad con esa estrategia como Herbert Marcuse —que en algunas de sus obras, como *El hombre unidimensional*, llegó a denunciar la deriva totalitaria de las sociedades occidentales— fue severamente amonestado por Rudi Dutschke por haber utilizado la palabra en una conferencia pronunciada en 1967 en la Universidad Libre de Berlín, un desliz que el líder del movimiento estudiantil alemán denunció como un «vergonzoso» signo de debilidad ante el lenguaje del enemigo (49). Esta misma idea, muy extendida en los círculos intelectuales y políticos de la izquierda occidental, sobre todo a partir de los años sesenta, dio lugar a un renombrado artículo de los politólogos norteamericanos Benjamin R. Barber y Herbert J. Spiro escrito en 1967, aunque publicado cuatro años después, en torno a lo que los autores llaman «los usos contraideológicos» del concepto de totalitarismo. Tres son los pilares sobre los que descansa su argumentación: 1. que *totalitarismo* no tiene un significado real como concepto político, más allá del que quieran darle sus usuarios dentro de un margen de interpretación sumamente laxo; 2. que su recorrido desde 1945 refleja a las claras los intereses político-estratégicos a los que responde el concepto, que no son otros que los derivados de la política exterior norteamericana en cada fase de la guerra fría, y 3. que en los años sesenta, cuando Barber y Spiro escriben su artículo, *totalitarismo* ha perdido todo su valor no ya como categoría política, que probablemente, según los autores, nunca la tuvo, sino como «piedra de toque de la contra-ideología americana de la guerra fría» (50). ¿Sobreviviría el concepto a la dieta de adelgazamiento que le impuso la distensión?

EPÍLOGO: ¿RESURGIR O DECADENCIA?

No parece que la breve reactivación de la guerra fría a principios de los años ochenta devolviera al concepto el protagonismo que en el pasado había

(49) Cit. por E. TRAVERSO: «El totalitarismo. Usos y abusos del concepto», en *Las escalas del pasado. IV Congreso de Historia Local de Aragón*, Huesca, 2005, pág. 102, y *Le totalitarisme*, op. cit., pág. 91.

(50) Cito este artículo por la traducción francesa que publica E. TRAVERSO en *Le totalitarisme*, op. cit., 563-589.

tenido en el vocabulario político occidental, y especialmente norteamericano. En cambio, cabe señalar la importancia que adquiere, ya en los años setenta, en el lenguaje político de algunos países europeos por razones que se explican en clave interna. La publicación en Francia de *El archipiélago Gulag* de Soljenitsyn en 1974 provocó un gran debate sobre la naturaleza totalitaria del comunismo soviético (51), visible en una tupida red de campos de concentración que, una vez más, hacía casi obvia la comparación con el nazismo. La defensa del nombre de Soljenitsyn, denostado por la izquierda ortodoxa, y la denuncia del totalitarismo soviético se convirtieron en banderín de enganche de un grupo de intelectuales, procedentes en su mayor parte de la izquierda maoísta de los años sesenta, que hicieron del concepto de *totalitarismo* el eje de una reflexión histórica y moral sobre el comunismo y sus métodos. Antiguos discípulos de Sartre, los llamados «jóvenes filósofos» descubrieron de repente cuánta razón tenía Raymond Aron, rival de su maestro, en su inveterada cruzada contra el totalitarismo. Obras emblemáticas de esa línea de pensamiento ahora rejuvenecida son los libros *La barbarie à visage humain* (1977), de Bernard-Henri Lévy; *La société bureaucratique* (1980), recopilación de artículos de Cornelius Castoriadis, y *L'invention démocratique. Les limites de la domination totalitaire*, de Claude Lefort (1981). La revista *Esprit*, contraria durante mucho tiempo al uso del concepto, se convertirá en uno de los principales foros de discusión sobre el totalitarismo, y los dos «nuevos filósofos» de mayor renombre, Bernard-Henri Lévy y André Glucksmann, llegarán a publicar un artículo conjunto en *Le Monde* en 1985 advirtiendo sobre la «amenaza totalitaria» que encarnaba el régimen sandinista de Nicaragua (52).

En otros países europeos sometidos a dictaduras de distinto signo, el concepto desempeñó un papel de cierta importancia en el discurso político de los años setenta. Algunos disidentes de los países comunistas del Este de Europa empezaron a utilizarlo para definir sin ambages el sistema político del «socialismo real», y a la vez como reclamo terminológico ante la opinión pública occidental. Salvo el checoslovaco Vaclav Havel, que actuaba en los círculos de la oposición interna al régimen comunista de su país, la mayoría de los disidentes que incorporaron el término *totalitarismo* a su lucha contra el comunismo vivían refugiados en países occidentales. Uno de los intelectuales más representativos de la oposición al comunismo en el Este de Euro-

(51) Dos años antes (1972) había aparecido la primera edición del libro de J. P. FAYE *Langages totalitaires*, referido al lenguaje del nacionalsocialismo, aunque planteando sus puntos de contacto con la izquierda alemana en lo que él llama «la forma de herradura».

(52) E. TRAVERSO: *Le totalitarisme*, *op. cit.*, págs. 82 y 706.

pa, el polaco Adam Michnik, hará de la relación entre totalitarismo y comunismo una ley histórica inquebrantable: «No hay un comunismo antitotalitario. O es totalitario, o deja de ser comunismo» (53). Yuri Orlov se preguntará, por su parte, si *Le socialisme de type non totalitaire est-il possible?*, título bien elocuente de un texto suyo publicado en 1975 (54). Muy distinto fue el modesto, pero significativo, debate que motivó el concepto en la transición española a la democracia. En 1976, se discutió en las últimas Cortes franquistas la reforma del artículo 172 del Código Penal, que en su nueva redacción debía permitir la legalización de todos los partidos políticos, excepto los de carácter comunista. A tal fin, el nuevo texto estipulaba la prohibición de aquellos partidos «que se propongan la implantación de un régimen totalitario». Pero como se temió que esta fórmula algo equívoca afectara también a los partidos herederos del Movimiento Nacional, se propuso una redacción *ad hoc* para los de obediencia comunista: «Serán consideradas como asociaciones ilícitas: (...) las que, sometidas a una disciplina internacional, se propongan implantar un sistema totalitario». La apostilla ponía en evidencia las dudas que los representantes del franquismo tardío abrigaban sobre la propia esencia de la ideología falangista. El reflejo que todo ello tuvo en la prensa de la época más afín a la oposición puede resumirse en un editorial del semanario *Cuadernos para el Diálogo* criticando que en España el problema del totalitarismo se planteara «con esquemas de guerra fría», es decir, circunscribiendo el concepto a los regímenes comunistas del Este de Europa y olvidando «el totalitarismo peligroso, el de extrema derecha, el fascismo y el nacionalsocialismo» (55). En todo caso, la nueva etapa en que entró la transición a partir de julio de 1976 con el nuevo gobierno presidido por Adolfo Suárez desbordó por completo aquel tímido debate sobre un concepto que, por una u otra razón, producía incomodidad en sectores muy diversos de la vida política española.

Ni la llamada «segunda guerra fría» a principios de los ochenta, ni la crisis del bloque soviético a finales de aquella década, ni su desintegración en 1989 parecen haber sacado al concepto del estado de letargo en que entró durante la distensión. La razón más sencilla para explicar ese eclipse por lo menos parcial es que el totalitarismo, tal como se había entendido y definido durante décadas, pertenecía ya al pasado y, por tanto, se había convertido en

(53) Cit. por A. RABINBACH: *op. cit.*, 96.

(54) Cit. por S. COURTOIS: *op. cit.*, pág. 22.

(55) *Cuadernos para el Diálogo*, «Nuestros totalitarios», núm. de febrero-marzo de 1976. Véase también J. F. FUENTES: voz «Totalitarismo», en el *Diccionario político y social del siglo XX español*, dirigido por J. FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y J. F. FUENTES (en preparación).

una categoría, siempre problemática, de la historia comparada de las dictaduras del siglo xx. Hay ejemplos recientes de esto último, que podemos encontrar en las páginas de las revistas *Nuova Storia Contemporanea* (56) y *Vingtième Siècle* (57), en los cuatro coloquios dirigidos por Stéphane Courtois en la Universidad de París X entre 2000 y 2004 (58), en el «review article», varias veces citado a lo largo de estas páginas, publicado por A. Rabinbach en *History and Theory* en febrero de 2006 o en el libro, bastante inclasificable, que publicó Slavoj Žižek en 2001 con el título *Did Somebody Say Totalitarianism?* (59), una especie de arqueología de los mitos fundadores del fenómeno en la que el autor se remonta a Hamlet y, pasando por el Dalai Lama, termina planteando la relación entre el totalitarismo y los estudios culturales.

Puede, efectivamente, que en el terreno de la historiografía y de la politología el fin del comunismo haya supuesto, como dice A. Rabinbach, una cierta revalorización del concepto o, por lo menos, un nuevo impulso a su estudio (60). Pero nada hace pensar que esta impresión pueda extenderse al lenguaje político de la posguerra fría. Junto a la percepción, ya señalada, de que su ciclo histórico se cierra en 1989, tras una larga fase de «totalitarismo de baja intensidad» (61), la razón por la que el concepto tenía muy difícil superar la crisis provocada por la distensión es el auge que en los últimos tiempos ha cobrado el término *fundamentalismo*, que en buena medida sustituye al anterior y recoge parte de su significado. Es la nueva definición *del enemigo*, revestido ahora de un carácter abiertamente religioso y nihilista, frente a la naturaleza híbrida del totalitarismo como «religión política», portadora también —así lo han señalado algunos autores— de una cierta dosis de nihilismo. El tránsito de una a otra fórmula venía en parte facilitado por la temprana caracterización de algunos regímenes árabes antioccidentales como un tipo específico de totalitarismo (62) y por el claro alineamiento de miembros

(56) L. PELLICANI: «Modernità e totalitarismo», 5, 1998, 5, 45-62; G. MOSSE: «Democrazia totalitaria e nuovo stile politico», 4, 1998; R. MOLINELLI: «Totalitarismo e storiografia», 3, 2001, o el ya citado de ALBERTO INDELICATO.

(57) Véase el artículo (flojísimo) de K. POMIAN «Totalitarisme», *Vingtième Siècle*, 47, 1995.

(58) Da noticia de ellos en *Le jour se lève*, *op. cit.*, pág. 12.

(59) S. ŽIZEK: *Did Somebody Say Totalitarianism? Five Interventions in the (Mis)use of a Notion*, Verso, London-New York, 2001.

(60) «The collapse of communism reinvigorated the concept for obvious reasons» (*op. cit.*, pág. 73).

(61) La expresión es de S. COURTOIS: *op. cit.*, pág. 113.

(62) Véase el art. de BARBER Y SPIRO: *op. cit.*, pág. 577.

muy cualificados de la *intelligentsia* de origen judío —Hannah Arendt, Raymond Aron, J. L. Talmon, W. Ebenstein, Bernard-Henri Lévy...— y de instituciones académicas judías en la lucha contra el totalitarismo, concebido como una ideología engendrada por el antisemitismo de toda condición y, en cierta forma, como punto de encuentro del nazismo y el comunismo. Desde ese punto de vista, la lucha contra el fundamentalismo islámico se inscribiría en una línea de continuidad histórica que llega hasta nuestros días.

El trabajo estadístico realizado en el archivo *on-line* del *New York Times* muestra cómo el progresivo ascenso del término *fundamentalism* fue abriendo una brecha cada vez mayor con *totalitarianism*, desde que a mediados de los años ochenta —la fecha, una vez más, resulta reveladora— el primero empezó a ganarle la batalla al segundo en las páginas del periódico neoyorquino (63). Por razones obvias, el año 2001 es el que registra una mayor diferencia en el uso de ambas voces: *fundamentalism* aparece en 127 ocasiones y *totalitarianism* en 42. No fue, sin embargo, un episodio aislado. En 2005, se mantuvo casi la misma diferencia proporcional: 92 veces por 35, lo que da una idea aproximada del peso que una y otra voz tienen hoy en día en el vocabulario político occidental. *Totalitarismo* ha experimentado, no obstante, una cierta reconversión semántica que ha actualizado su significado y lo ha adaptado al marco de una nueva —o en algunos casos simplemente renovada— conflictividad. Se ha equiparado totalitarismo y terrorismo (64), se ha hablado del «totalitarismo musulmán» y del «totalitario culto a la muerte» de Al Qaeda (65) y, para el caso español, se ha insistido con razón en el componente totalitario del terrorismo de ETA (66). Pero, como se ve, su vigencia actual depende en gran medida del carácter subsidiario que ha asumido respecto a conceptos hoy en día «mayores» como terrorismo o fundamentalismo. Es muy posible que su ausencia del *Diccionario del siglo XXI* de Jacques Attali acabe siendo justificada por el devenir histórico del nuevo siglo (67).

(63) Por ejemplo, en 1985: 72 veces *fundamentalism* por 65 *totalitarianism*.

(64) PAUL BERMAN cit. por A. RABINBACH: *op. cit.*, pág. 83.

(65) *Ibid.* Véase también de ANTOINE BASBOUS: «Le radicalisme du monde islamique: Vers un nouveau totalitarisme?», en S. COURTOIS (ed.), *Le jour se lève, op. cit.*, págs. 427-444.

(66) Cfr., por ejemplo, A. ELORZA: «ETA, dernier mouvement totalitaire en Europe?», en *ibid.*, págs. 406-426.

(67) J. ATTALI: *Diccionario del siglo XXI*, Paidós, Barcelona, 1999 (1.ª ed. francesa 1998).